

EL DIOS DESCONCERTANTE DE LA BIBLIA

Es desconcertante para todos que Dios sea totalmente otro y a la vez el más cercano. Se trata de un desconcierto al que sin embargo el creyente se abandona.

J.L. VAZQUEZ BORAU.

El reconocimiento de Dios por parte del hombre es un don, un regalo. No es pues ni una necesidad ni una conquista. Esta es la conclusión principal a la que se llega después de leer toda la experiencia bíblica, desde Abraham hasta Jesús de Nazaret.

Un don, un regalo, que se realiza en un encuentro íntimo en lo más profundo de nuestra conciencia. Es la experiencia de sentirse amado desde las más hondas raíces del ser. Es recibir la iluminación interior que te hace tomar conciencia de tu ser de criatura e hijo en relación al Creador y Padre; y conciencia de hermano en relación a las demás criaturas, tanto personales como prepersonales.

Para Paul Ricoeur, “el pecado de Adán no es el pecado de Prometeo, que para los griegos significa el que robó el fuego de las técnicas y de las artes, el fuego del conocimiento y de la conciencia; sino el haber roto, en su aventura de hombre, el vínculo vital con lo divino, por eso la primera expresión del pecado es el crimen de Caín, el pecado contra el hermano y no el pecado contra la naturaleza, el pecado contra la existencia animal y sin historia”.

Esta experiencia con el AMOR, con la VIDA, es cantada por los hombres de Dios, los Profetas, que hablan en su nombre a la humanidad, circunscrita en cada pueblo, para orientarla en el sentido de la auténtica libertad, de la LIBERACIÓN que se realiza en el aquí y ahora, y que tendrá una plenitud final con la realización plena, gratuita y definitiva en lo que llamamos el “Reinado de Dios”.

La vocación en la Biblia.

La vocación divina, ese acontecimiento por el que Dios de una manera especial interviene en una vida humana y la destina a una colaboración relevante en su plan salvífico, ya se trate de un individuo singular, ya se trate de la colectividad de Israel, es un tema prominente en la teología o espiritualidad que emergen de la Biblia.

La vocación propiamente se refiere a todos, puesto que toda persona tiene, en mayor o menor grado, el destino de ser colaborador en el plan de Dios. Pero en un sentido restringido se refiere a personas singulares o colectividades que deben desempeñar por singular voluntad divina una acción relevante respecto de otros, un hombre para los demás hombres, un pueblo para los demás pueblos.

En las distintas llamadas bíblicas encontramos rasgos comunes por los que se puede hablar de un paradigma de vocación o de un estilo de Dios. Ahora bien, una de las constantes en toda vocación bíblica es el aspecto de inesperado y de misterio, de sorpresa y desconcierto, de enigma y de incomprensibilidad, de "noche oscura", incertidumbre y perplejidad, de silencio o ausencia a veces de palabra divina y de soledad humana por los que atraviesan las personas a las que Dios llama y destina a una misión. A todas esas situaciones la única respuesta por parte del enviado es la fe, fe heroica que se mueve generalmente en la noche oscura.

El místico del Sinaí.

Moisés había pretendido convertirse en líder revolucionario libertador de su pueblo respecto a la horrible opresión faraónica. Pero fracasó en su primer intento y se refugió en la enorme soledad del Sinaí.

Allí lleva una vida profundamente religiosa. Aprendió a hablar con Dios, en el centro mismo de su ser, mientras acompañaba el ganado de su suegro a través de la soledad sonora de los rincones ocultos de la península sinaítica.

Un día, realizando sus tareas cotidianas, llegó al fondo del desierto, junto al monte Horeb, que era considerado como lugar sagrado. Había por allí una zarza ardiendo en el fuego, pero Moisés no salía de su asombro al observar que la zarza no se consumía. Se acercó a contemplar el espectáculo. Comprendió que estaba ante el "misterio de lo sagrado". Se descalzó y escuchó. Se puso en disposición de escuchar y comprendió que estaba ante el Dios de sus padres, "el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob". No el Dios de la naturaleza, no el Ser Supremo, causa primera del engranaje cósmico, sino el Dios de la Historia, el Dios que irrumpe en la realidad dinámica de la evolución humana invitando a los hombres a que acepten un proyecto gratuito que algún día llevará a la Historia a una plenitud trascendente.

Así se explica que el mensaje que Dios comunica al solitario y evadido del Sinaí concierne a la historia concreta y actual de un pueblo oprimido.

Moisés, el místico, no se esperaba este mensaje divino. Sus planes de retiro y evasión quedaban destrozados. Jamás hubiera imaginado que el Dios que él había buscado como refugio frente a la tentación "revolucionaria" le exigiría precisamente encabezar una acción revolucionaria.

Moisés se resiste, exponiendo sencillamente su inhabilidad frente a tamaño

tarea de liberación. En esto precisamente E. From encuentra un criterio de discernimiento para conocer al auténtico profeta: "Cualquiera que quiere ser un profeta, no es un profeta".

El "completamente otro".

Según la Biblia, Dios nos es presentado como "completamente otro". Crea el mundo con la palabra. Esto quiere decir que Dios no es un artesano, ni siquiera aquel buen "relojero" del deísmo voltariano. Dios es más bien el grande y único Otro. Sólo Dios tiene el derecho y la posibilidad de actuar como tal: "El dice y existe; ordena y llega a ser". El Dios de la Biblia se encuentra fuera del engranaje cósmico. Es un Dios distante, aunque con el solo deseo de su voluntad se hace íntimamente presente en el mundo.

J.M. González Ruiz afirma que "Nuestro Dios, el Dios vivo de Abrahán, de Isaac y de Jacob, nunca se nos ha presentado en la Biblia como una solución inmanente de la realidad cósmica humana: siempre ha sido un enorme interrogante suspendido de nuestras vidas, y que jamás se transforma en una respuesta concreta y exhaustiva".

El Dios de la Biblia opta por los pobres.

Aceptar que el destinatario del reino son los pobres es una forma eficaz de dejar a Dios ser Dios, de dejar que El se muestre como es y como El quiere mostrarse: Como el misterio inmanipulable. Un misterio inmanipulable tal donde el Resucitado es el Crucificado.

Carlos Díaz, profundizando en este aspecto, nos dice "sin este Dios misterioso, tanto que no sólo permite que existan los pobres, sino que los ama, ni siquiera los más santos hubieran pasado de desgraciados; sin ese Dios Padre que ama a todos sus hijos, especialmente a los más desgraciados, no habría forma alguna de fundamentar los derechos del hombre; sin ese Misterio al que las teodiceas laicistas y agnósticas rechazan, el hombre quedaría sin asidero razonable alguno"; y concluye: "o Dios existe y es Padre Bueno, o los pobres están perdidos para siempre, porque lo cierto mientras tanto es, según las célebres palabras de Henri de Lubac en su libro El drama del humanismo ateo, que no es verdad que el hombre no pueda organizar la tierra sin Dios. Lo que si es cierto es que, sin Dios, acabará fatalmente organizándola contra el hombre". Y lo trágico es que quienes nos decimos creyentes nos comportamos al respecto peor que los más empedernidos antihumanistas, sin comprender que estamos crucificando a Jesús mientras no evitemos la crucifixión de los pobres, y no evitarla es potenciarla". Por todo esto, podemos terminar diciendo que el Dios de la Biblia es desconcertante.

J.L. Vázquez Borau es miembro del I.E.M.